

## HISTORIA COMPARADA DE LAS AMÉRICAS

Sofía Reding Blase



Patricia Galeana

**Ya** es un lugar común el señalar que nuestro planeta es cada vez más chico. Encogido como está debido al proceso de globalización, se hace necesario establecer historias que comparen, casi delecten, las diferencias y las semejanzas que guardan entre sí las distintas regiones del mundo. Como señala Patricia Galeana, coordinadora de un encomiable esfuerzo por mostrar en un libro<sup>1</sup> las singularidades históricas de nuestro continente, con América nació un nuevo mundo. Aún hoy podemos decir, como otrora lo hiciera el florentino cuyo nombre de pila nos dio nuestro patronímico, que “un Nuevo Mundo nos es lícito llamar” a estas tierras, que no sólo eran nuevas sino que llevaron a la concreción de formas inéditas de vida: los giros en el pensamiento, en la geografía, en la ciencia en general, y que incluyen desde luego, la reflexión en torno a los llamados *americanos*. En efecto, uno de los más importantes desafíos que se ha presentado a la humanidad ha sido el de extender la noción de humano a seres cuya sola presencia sacudió las antiguas concepciones. Por ahí comienza el libro *Historia comparada de las Américas*: por recapitular la así conocida *idea del otro*, y su devenir. A la pregunta sobre el Otro se han dedicado varios de los más ilustres pensadores de nuestra época, y en especial de América, quienes retomando las ideas de la Ilustración reafirman los ideales libertarios de la Modernidad, al tiempo que añaden soluciones a problemas contemporáneos (equidad de género, cuestiones étnico-nacionales, democratización y respeto a los derechos humanos).

Es imposible entender lo que caracteriza a las Américas sin antes conocer los antecedentes históricos. Por supuesto, no está de más señalar que el rumbo que siguieron nuestros países fue distinto, como también lo fueron los modos en los que se expresó el pasar de simple “invención” —como dijera O’Gorman—, a la soberbia que se apoderó con el amanecer de la independencia de conservadores y liberales, cuyos programas parecían ser la nostalgia por lo ibérico y la copia de lo anglosajón. A partir de ese momento, aparecen los conservadores como cómplices de Europa y los liberales como seguidores del camino emprendido por los Estados Unidos que, como sobradamente sabemos, se convirtió en el nuevo Imperio.

<sup>1</sup> Patricia Galeana (coordinadora), *Historia comparada de las Américas*, IPGH, CISAN - UNAM, CIALC - UNAM, México, 2008, 593 pp.

Al modo de la Roma antigua, que no desmayaba frente a la pluralidad cultural porque sabía que podía controlarla mediante diversos mecanismos, el Imperio de hoy cuyo centro, diría un renacentista, está en todos lados y en ninguno, se esfuerza por construir una ciudadanía cosmopolita que opte por la tolerancia y la igualdad. Para el éxito de este esfuerzo, es preciso superar aquellas nociones que, desde el siglo XVIII, hicieron que se apagaran las luces de la Razón: raza, inferioridad, mezcla que deriva en discriminación y fobias que racializan la sociedad y que, al hacerlo, ocasionan que todo se estanque, contradiciendo con ello las obsesiones con el progreso. Afirmar la diversidad, incluso por medio de acciones tan criticadas (cf. p. 80), como las que se decretaron en los Estados Unidos, ha sido una constante preocupación que reta los más altos (y vanidosos) ideales de la Razón occidental: ¿qué tanto, en qué proporción, hasta cuándo y en qué contextos podemos establecer un trato preferencial con las víctimas de la Modernidad? Y además, hay que responder a otra pregunta: ¿podemos actuar de la misma manera en América Latina y en América del Norte haciendo tabla rasa del pasado, como si el hecho de vivir en un continente separado de los otros nos hiciera idénticos?

La América hispana, se señala en el libro, se encuentra unida por cuatro factores: el mestizaje racial, la religión católica, la lengua castellana y la tradición política (pp. 92-93). En contraste, la América del Norte es blanca, protestante, anglosajona y con un tradición política que desde la costa este fue construyendo, mientras arrasaba con lo originario, una cultura distinta. En ambos casos se trata de cosas nuevas cuya expresión no es simple copia de elementos europeos sencillamente trasplantados. Y, sin embargo, desde el Norte y desde el Sur de América se han ideado fórmulas de integración o diferenciación entre unas latitudes y otras: ¿debemos llamarnos América Latina, Indoamérica, Nuestra América? ¿Podemos establecer como idénticos el panamericanismo de Monroe y el de Bolívar?

Si la geografía es importante, entonces es preciso establecer que, además del Norte y el Sur, hay una Centroamérica y, además, un Caribe que no es sólo archipiélago (p. 127), sino mar que baña las costas y la

historia de una buena parte de América y cuya diversidad le da un rostro distinto al que tiene la América de cordilleras, valles y mesetas. Varios capítulos del libro están enfocados al análisis de las particularidades de esas regiones, desde una perspectiva histórica que nos permite comprender la singularidad de cada una de las Américas y darnos cuenta de la necesidad de una visión que no fragmente, pero que tampoco presente como homogéneas historias que no lo son (p. 133). Precisamente porque no son iguales entre sí las Américas, es que resulta imposible pensar que un libro que versa sobre ellas haga caso omiso de una cuestión de particular importancia: los *encuentros y desencuentros*.

En el libro se recuerdan tanto las intrigas que pretendían afianzar lazos por la fuerza, como los éxitos y fracasos de los acuerdos bilaterales o multilaterales que se han establecido no sólo durante los primeros días de la vida independiente, sino especialmente a partir de la Revolución Mexicana, iniciada justo un siglo después (p. 203); e igualmente aquellas alianzas originadas en criterios geoestratégicos y en el sueño expansionista de los Estados Unidos, que nos muestran el contraste entre buena vecindad e intervencionismo. Y es que hay que recordar que la historia comparada es, precisamente, una historia de imágenes contrapuestas, donde las partes que son diferentes interactúan entre sí, cobrando sentido propio y desarrollando su particular dinámica (p. 237).

El contraste no sólo tendrá que ver con el origen hispano-lusitano, anglosajón o africano, de las Américas, sino también con los grandes eventos del siglo pasado: las grandes guerras, la penetración cultural a través de poderosas industrias como el cine (p. 262), el funcionamiento de las instituciones y organismos multilaterales, las dictaduras militares y el intervencionismo que permitió cercar a Latinoamérica y el Caribe. Por ello se pasa, en el libro, a otro apartado dedicado a *los sistemas políticos y al derecho comparado*.

Las cuestiones derivadas del análisis crítico de los sistemas políticos, la regulación de los mercados o las legislaciones en materia de intercambios comerciales, encuentran su origen en la época colonial pero se han manifestado después de variadas maneras. El funcionamiento de los diversos sistemas políticos (como el presidencial o el parlamentario) y de los regímenes, ayudan al lector a distinguir las características de unos y otros y que a partir de ello comprenda el devenir político de los países americanos y las formas en que se expresa el presidencialismo y el federalismo de países latinoamericanos o de Estados Unidos y Canadá (pp. 363 y 368). Lo mismo puede decirse con relación a los sistemas económicos. El desarrollo desigual de las Américas no sólo plantea la necesidad de establecer modelos que generen riqueza, sino

que también nos conduce a una reflexión de carácter moral, en el sentido de que el modelo económico actual apela a la cooperación al tiempo que favorece la dominación. A la asimetría ocasionada por el modelo económico vigente se suma el peligro para los Estados nacionales, que van perdiendo la capacidad de gobernar de manera soberana en la medida en que se subordinan sus intereses a los ritmos impuestos por los mercados financieros internacionales (p. 411). Dichas situaciones ponen en evidencia la necesidad de incluir en la agenda temas vinculados con la transferencia de tecnología y de fondos. Así, como resultado de la cooperación regional podría esperarse que se dieran cambios estructurales favorecidos por políticas industriales que fortalezcan la autonomía de las políticas nacionales, sin dejar de lado la apuesta por un desarrollo común (p. 453).

En este sentido, resulta interesante contrastar las políticas petroleras del norte y sur del continente, porque las distintas estrategias que han permitido suministrar petróleo resultan, ahora mismo, insuficientes para enfrentar la problemática petrolera mundial (p. 496). Además de las limitaciones mencionadas, hay que añadir que los intentos por alcanzar la integración económica han sido poco efectivos: el caso del TLCAN es ejemplar, porque como modelo de apertura era necesario pero no lo suficientemente respaldado en instituciones como para fomentar una política económica de crecimiento (p. 509).

En términos generales, los intentos de integración económica no han ido más allá de acuerdos subregionales. Y en términos políticos, las políticas de integración tampoco han tenido mejores efectos. De ahí que se pueda y deba hablar de encuentros entre los países americanos, pero también de desencuentros que se traducen en dominio y despojo y fortalecen las posturas más conservadoras de quienes han enarbolado la bandera de la Doctrina Monroe (p. 525). Para entender los desencuentros y las *imágenes contrapuestas*, basta recordar las motivaciones expansionistas escondidas tras la idea de una “América para los americanos”. Para favorecer los encuentros, recordemos también la Patria Grande que soñó el Libertador, que siempre estuvo atento al núcleo de los problemas que se encierran en las casi 600 páginas del libro magistralmente compilado por Patricia Galeana: quiénes somos, cómo somos, de dónde venimos, hacia dónde iremos y si podremos vivir juntos. ☐

---

**Sofía Reding Blase** (Monterrey, 1967). Mexicana, antropóloga social por la ENAH. Maestra y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Especialista en ética y diversidad cultural. Entre sus libros destacan: *El buen salvaje y el canibal* (1992), *Párrocos y misioneros* (1997), *Antropología y analogía* (1997) y *Diversidad y Democracia. Aportes de la hermenéutica analógica al diálogo intercultural* (2007). Autora de varios capítulos de libros y artículos diversos. Es investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México (CIALC-UNAM).